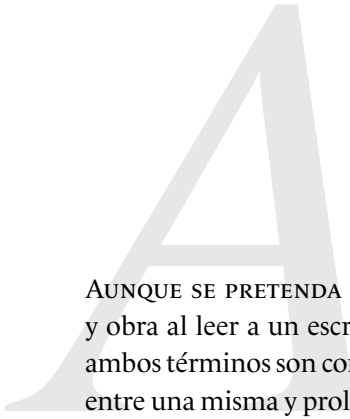




Correspondencias entre
Reyes y Paz

Un epistolario

Ramón Castillo



AUNQUE SE PRETENDA DISOCIAR los términos de vida y obra al leer a un escritor es ineludible verificar que ambos términos son consustanciales, puentes tendidos entre una misma y prolongada orilla. El hacer y el existir son espejos que reflejan una cadena interminable donde lo uno persigue, simula, emula y transforma a lo otro que, en última instancia, se vuelve lo mismo. Viene al caso aludir a esto porque hay autores cuya tensión entre lo escrito y lo vivido es una pieza clave de su cosmovisión. Octavio Paz, sin duda, debe leerse a partir de esta certeza.

Bajo dicha lógica, existen dos vertientes cuya lectura es iluminadora cuando se pretende el acercamiento a un autor como Paz, figura cuya sombra aún desconcierta, resulta atractiva y polémica, vivaz o repelente. Estas dos vetas son, por un lado, la convivencia y entendimiento con su época, la viveza de su espíritu cosmopolita y contemporáneo; y, por el otro, la constancia autobiográfica en buena parte de su producción literaria. La vastedad del opus paciano obliga que estas líneas se circunscriban a un territorio modesto, pero cuya significación, por los nombres y hechos de quienes intervienen, presume dimensiones notables. Hablo de la correspondencia que el autor de *¿Águila o sol?* mantuvo con Alfonso Reyes durante poco más de dos décadas.

Editada por el Fondo de Cultura Económica y la Fundación Octavio Paz en el año 1998, las cartas enviadas entre dos de las figuras centrales de las letras mexicanas destaca por la sencillez de su prosa, la auténtica cercanía que se percibe en las misivas, pero aún de manera más destacada, como dice Anthony Stanton —editor del volumen—, la admiración, respeto y confianza del más joven ante el escritor más experimentado. La progresión temporal en efecto permite observar el crecimiento de Paz, sus proyectos, la concreción de algunos volúmenes representativos y, de manera especial, su enorme deuda con un Reyes generoso, comprensivo e incluso paternal.

El año 1939 marca el inicio de la correspondencia aunque, obviamente, no el de su relación. Paz tiene veinticinco años, Reyes le dobla la edad. Más tarde, el

joven Octavio sale de la ciudad de México y comienza un periodo fuera del país en el cual las misivas entre ambos escritores serán cada vez más frecuentes y nutritivas, sobre todo por parte de Paz.

La carrera diplomática del Nobel comienza en 1945 y se prolonga hasta el nefasto año de 1968. Ambos autores comparten, en su respectiva juventud, la experiencia de ser servidores públicos al pasar por el servicio diplomático, la élite dentro del aparato estatal. Y si bien Octavio Paz narra que tras ser removido de la delegación en París, Francia, y asignado primero a la India, luego a Japón y Suiza, las condiciones en que vivió fueron no solo precarias sino hasta marcadas por cierta mezquindad contra él, llama la atención que no se extienda nunca sobre su paso por el gobierno. De vez en cuando confiesa algunas situaciones, pero el tono con el que se dirige a Reyes parece ser en todo momento el utilizado con un maestro, ocasionalmente un colega, pero siempre con un consejero intelectual y estético.

Buena parte de su correspondencia se realizó cuando Paz estuvo fuera del país, y gracias a ello es que las misivas resultan más nítidas y concretas, su valor se aquilata por el peso de sus confianzas casi siempre volcadas a la experiencia literaria. A partir de estas comunicaciones, en apariencia reducidas al intercambio de ideas estéticas y la formalidad de un trato cordial, es posible adivinar un fragmento de la dimensión humana dadivosa de Alfonso Reyes, de quien Paz dice, repitiendo las palabras de Elena Garro: “No sé —me decía mi mujer— si los mexicanos nos damos cuenta de lo que representa Alfonso Reyes y de la suerte que tenemos al poder leerlo en español”.

En efecto, el centauro mexicano no sólo es guía para los escritores más jóvenes, sino que también apuesta por la institucionalización de la cultura, la educación y hasta del mecenazgo mediante el Colegio de México. Juan José Arreola, Luis Cardoza y Aragón, Luis Cernuda, Alí Chumacero, Augusto Monterroso, Juan Rulfo, Antonio Montes de Oca, Alejandro Rossi y Tomás Segovia fueron, como indica Stanton, sólo algunos de los muchos escritores que se vieron beneficiados por las

becas que Reyes, en su calidad de Presidente de la institución, facilitó para el mejor desarrollo de sus obras. Se constata, asimismo, a lo largo de la correspondencia que la figura de don Alfonso es fundamental para la publicación de *Libertad bajo palabra*, *El laberinto de la Soledad* y *¿Águila o sol?*

Veinte años después de la primera carta, Octavio Paz se encuentra de nuevo en París, es diciembre de 1959 cuando un telegrama le avisa que Reyes murió. Llevaba tiempo enfermo y las comunicaciones entre ambos eran escasas. Don Alfonso le escribe por última vez a Paz el 28 de agosto. En dicha epístola, Reyes confiesa su tristeza por la enfermedad en unas cuantas, lacónicas y tristes líneas. Se sabe viejo y cansado, reconoce la inminencia de la muerte, pero no trasluce mucho más, pues su talante se lo impide. Octavio Paz responde con dos cartas, en la segunda, fechada el 25 de septiembre, consigna el envío de unas revistas literarias que Reyes había solicitado, se disculpa por “el estilo telegráfico” y sugiere que en cuanto tenga más tiempo le escribirá “más largo”. Esas fueron las últimas palabras entre ellos.

Pero la comunicación no termina ahí, puesto que la literatura, entre sus muchas virtudes, suscita perspicaces diálogos sin mediar tiempo ni espacio. Tras el fallecimiento de Reyes, Octavio Paz escribe el ensayo *El jinete del aire*, una elegante y sentida despedida a su amigo. El texto es, no podía ser de otra forma, un análisis de algunas de las mejores páginas del autor de *Ifigenia cruel*, pero, contrariando el que quizá habría sido el deseo de Reyes, Paz en momentos hace a un lado el tema meramente literario para avocarse a hablar del hombre.

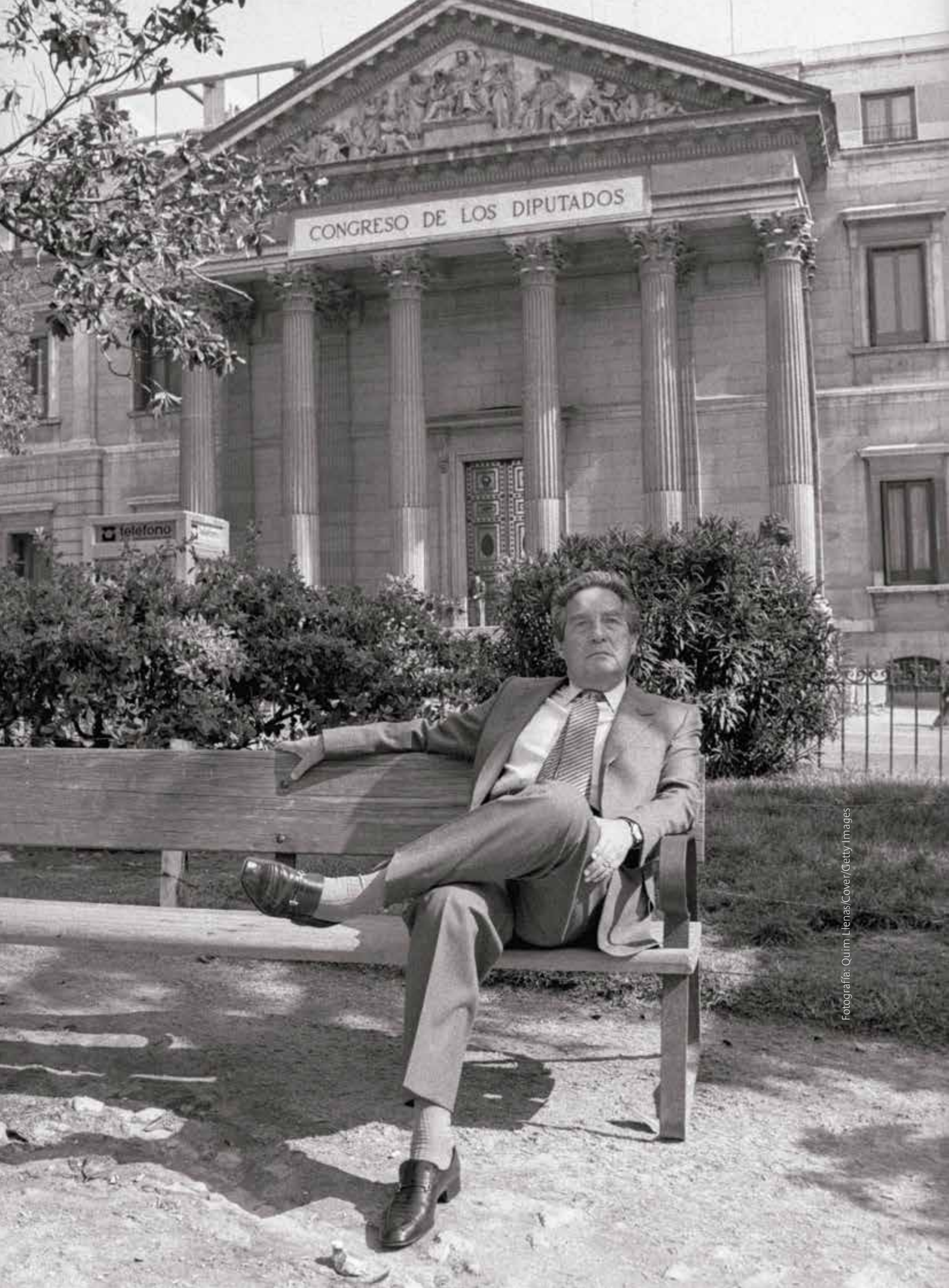
De su maestro dice: “Tachado de tibieza en la vida pública, algunos señalan que en ocasiones su carácter no estuvo a la altura de su talento y de las circunstancias. Es verdad. Pero si es cierto que a veces calló, también lo es que nunca gritó como muchos de sus contemporáneos. Si no sufrió persecución, tampoco persiguió a nadie. No fue hombre de partido; no lo fascinó el número ni la fuerza; no creyó en los jefes; no publicó

adhesiones ruidosas; no renegó de su pasado, de su pensamiento y de su obra; no se confesó; no practicó la ‘autocrítica’; no se convirtió. Y así, sus indecisiones y hasta sus debilidades —porque las tuvo— se convirtieron en fortaleza y alimentaron su libertad”.

Sus palabras son de admiración y respeto, pero también reconocedoras del carácter particular de Reyes, sin embargo, medita con justicia sobre sus virtudes, que en mucho superaron la flaqueza de otros aspectos; ahora bien, esta relación afable, hasta cálida que se entabla entre ambos, en el fondo parece mantenerse gracias a la respetuosa diferencia, la gentil admiración pese a que sus temperamentos sean disímiles.

Si Alfonso Reyes fue siempre moderado y alegremente distante, reservado y contenido; Paz se caracteriza por su naturaleza polémica, avasalladora, visceral en ocasiones. Las personalidades son diferentes, casi hasta contrapuntísticas, y a veces pareciera que Paz tiene más concomitancias con un arrebatado Vasconcelos que con Reyes. Esta cercanía, sin embargo, es aparente o, mejor dicho, transitoria, porque Paz tiende más a un equilibrio entre lo apolíneo, ilustrado por don Alfonso, y lo dionisiaco, plenamente encarnado en Vasconcelos.

Cuando se lee que Octavio Paz celebra al autor de *Ulises criollo* afirmando que “ninguno como él está tan hundido en el tiempo, en la duración”, es inevitable preguntarse, ¿no es acaso ésta una de las particularidades de los esfuerzos intelectuales y creativos del mismo Paz, ser contemporáneo de su tiempo? ¿Pero no fue, también, el mismo ideal que defendió en todo momento Reyes o más tarde los Contemporáneos? Entonces, la idea que articula estas cercanías es una, la misma que se manifiesta en la correspondencia, en las dos acepciones del término, entre ambos. Hay un respeto compartido por la literatura y su poder para preservarnos de las responsabilidades diarias (Reyes le regala a Paz su versión de la *Iliada*, para que le sirva de contrapeso en sus labores como oficinista), una devoción hacia el trabajo creativo, un enfrentamiento con la realidad, una búsqueda de sí y la necesidad de hablar con su tiempo, sin miramientos ni temores. ■■■



Fotografía: Quim Llenas/Cover/Getty Images